

La llegada de Engracia

Elite, 1958-09-20.

A Juan le amaneció su día en el muelle.

Destemplado por la vigilia, buscó el calor de un café. Se lo sirvió un chino en una taguara a dos pasos del muelle.

El puerto se desperezaba entre dos luces. Juan se quedó viendo los barcos recién lavados por la noche, que lo miraban mansamente desde sus ojos de escobén, amolando sus imponentes narices en el agua.

Fue leyendo "Stratford", "Bergen", "Txori Mendi", deletreando, porque eran nombres extranjeros.

El no sabía leer y escribir tan bien como su mujer, que había estado sirviendo con unos señores en Madrid; pero podía llenar con sus gordos dedos de campesino dos hojas por las dos caras en una media tarde de domingo, después de la siesta.

Luego llegaba a la esquina de Carmelitas y ponía el sobre en un hueco que decía "Exterior", que era como dejarlo en Celanova, sólo que una semana antes.

No ponía sus cartas en cualquier buzón, porque bastantes se le iban perdiendo por el camino en estos últimos tiempos a pesar de ponerlas directamente en el Correo Principal.

Juan se admiró de haber escrito sin faltar un domingo durante tres años, y sintió el deseo de respirar hondo, como cuando uno encima una pendiente.

Luego terminó de sorber ruidosamente un café.

Juan, en mangas de camisa, con su pantalón del traje azul bueno ya un poco ajado de las lavadas, con sus zapatos de goma blancos acabados de comprar, pagó su locha y salió a caminar por el muelle.

Quería que su mujer lo viese así, limpio, próspero. No porque él tuviese pretensiones de ofrecerle ninguna jaula, pero sí para que desde la primera mirada tuviese la impresión de que le esperaba una vida sin hambre.

Había trabajado los días de punta a punta durante tres años para sacarla de servidumbre y traerla a vivir con él, que esa era su obligación de casado. Eso y darle una casa y darle hijos, que para eso vienen los hombres y las mujeres al mundo y se casan.

Hubo quien le dijo que casarse así, en vísperas de un viaje tan largo, era una simpleza. Pero él se echó sus cálculos, y Engracia también, y a fin de cuentas los que se iban a casar eran ellos dos. Sin eso, acaso tres años hubiesen sido demasiado para aguantarlos a pura carta.

Porque "amor de lejos, para pendejos", como se le reían sus compañeros de pensión.

Y Juan, recorriendo el muelle a grandes zancadas, pensaba que él había sacado bien sus cuentas antes de salir. Se casaron un sábado, gastaron el domingo entero y después la noche en una habitación del primer piso del Hotel Orensana, que queda al mismo apearse del tren y no era de los peores en Vigo, y embarcó el lunes, a las siete de la

mañana, dejando a Engracia en el muelle con el aire de desabrigo de una huérfana. Llorando, claro está. Pero, ¿cómo no iba a llorar, la infeliz, si él mismo, que no recordaba haberle salido un sollozo desde que se le murió Perdigón, un perro de caza muy bueno que tenía, tuvo que bajarse a la bodega del barco, que es donde hizo el viaje?

¡Pero tampoco era cosa de traerla sin saber cómo le iba a pintar la nueva tierra!

Y todo tiene su lado bueno, porque como no tenían hijos que cuidar, ni necesidad de atenderse el uno al otro, porque se bastaban solos, pues habían sido tres años de ahorros. Guardando ella, aunque era poco las trescientas cincuenta pesetas que le daban sirviendo en el Restaurant, y ahorrando él, que mes hubo en que consiguió meter al Banco hasta doscientos bolívares, que eso hecho pesetas eran casi tres mil. Total, que había mandado dos mil trescientos bolívares para comprar la casa donde vivían los padres de ella, en Casardeita, con sus buenas cuatro fanegas de tierra de cultivo, alcanzando hasta la parte alta del regato, y todavía le quedaban en el Banco sus buenos dos mil bolívares. Y además se había comprado una cocina de kerosén, una cama de matrimonio, que aunque de segunda mano era de lo mejor, y unos trastos más que poco a poco irían completando el ajuar.

Juan se sentó sobre una bita de hierro, y tentando el grueso cabo de la amarradura pensó que el apartamento iba a ser una buena sorpresa para Engracia. Porque la conserjería que había conseguido por recomendación del ingeniero era de limpia y de pulida que ni la casa de sus señores de Madrid. Tener casa nueva gratis por sólo limpiar las escaleras, era de veras un regalo.

Juan se levantó y dió dos puntapiés a una lata vacía, como si de pronto se sintiese liviano como un muchacho.

"Ya se terminó el estar solo", se dijo.

Y ahora, desde la cumbre de la llegada de Engracia, la pendiente del tiempo que gastó esperando le parecía nada. ¡Y eso que sus tres años de Venezuela no habían sido precisamente un chorizo de días de Santa Agueda, que es cuando es fiesta de comer empanadas como ruedas y beber y parrandear en Casardeita!

Juan recordó entonces con regocijo, mientras caminaba de vuelta hacia el tarantín del chino, que para cuando tuvo tiempo de espabilarse en Caracas, ya le habían chupado los ciento treinta y cinco bolívares que trajo; que a él, cuando le cambió Don Isauro sus pesetas en Vigo, antes de embarcar, se los dió como si fuesen duros de plata. Después resultó que se los comió (mal comidos) en menos de quince días de pensión, como si se le hubiesen volado en medicinas; que a Dios gracias no le había dado todavía ni un mal de tripas.

Entonces es cuando se le ocurrió decir que era jardinero (que es lo que pedía el anuncio), que por otra cosa peor le hubiese podido dar en aquella zozobra de estarse mano sobre mano sin ganar ni para una mala sopa.

Así consiguió empleo en una quinta a trueque de "comida y habitación".

La comida era de pasar más que regular, que tampoco tenía él un morro tan fino; pero lo que le decían del cuarto era un catre puesto en un rincón del garage, donde también dormía el carro, que era un automóvil muy elegante. Y allí aguantó dos meses. Y si no duró más no fue por los señores, que estaban muy felices de tenerlo por tan

poco, satisfechos de estar haciendo, de rebote, una obra de caridad; sino por él, que no terminaba de verle la cara a aquel viaje a América.

Por fin alcanzó un trabajo de peón abriendo zanjas para una tubería por once bolívares al día, que ya era hora de sentirle el canto a un bolívar, porque él no le tenía miedo al trabajar.

Los primeros días tuvo el miedo de que este sol de por acá le iba a pegar el pellejo a los mismos huesos. Pero buche de agua va y buche de agua viene aguantó regular, y como después se dió cuenta que el aflojar de vez en cuando no le iba a mermar el jornal, y que lo que apuraba el capataz no era mucho, pues se fue haciendo a las mañanas del trabajo, que para él era el pan nuestro empatar un día con otro sin pegar un sueño cuando apuraba el campo con la cosecha.

Entonces fue cuando se mudó de pensión a casa de Camilo, un paisano suyo que alquilaba cama con derecho a cocina por treinta y cinco bolívares al mes. Era un negocito de dormir cuatro hombres en un cuarto de tres brazas por dos, justo el sitio para montar los camastros sobre las maletas de madera y dejar un carrilito para llegar al catre, con un hueco de ventana que no daba para airear ocho pies de peón. En cuanto al derecho, había que turnarse en aquel infiernillo del diablo para hacerse la sopa y la cena y freir un pedazo de carne o de tocino para el almuerzo del día siguiente.

Pero lo que decía Juan para su camisa: a América se viene a sacrificarse y a ahorrar, porque para comido por lo servido se queda uno en su pueblo, que allí en cualquier apuro siquiera lo conocen a uno desde los abuelos.

Después, cuando terminaron de colocar la tubería, el mismo contratista lo llevó a un desmonte en Baruta. Desde allí se le hacía la pensión muy lejos, que era detrás de San Agustín, en el Cerro Marín; pero le daban doce bolívares diarios, y como además el capataz le tomó cierto aprecio y a menudo el trabajo cundía para meter algunas horas extra, pues se le iba redondeando su jornal de la semana en casi cien bolívares.

En Baruta, que es donde está ahora, se quedó trabajando en una construcción como carpintero ganando quince bolívares.

Esta era otra sorpresa para Engracia; ya no era un peón, ya tenía oficio; estaba seguro de que su mujer se iba a alegrar mucho.

Así andaban las cosas en la cabeza de Juan que se había recostado contra el muro de la Aduana, cuando sonó el pito gordo de un barco.

Juan calculó por la altura del sol que serían apenas las siete.

Para cuando el barco arrimó su costado al muelle, ya estaba de gente que no se veía el piso.

Tropezando con su humanidad, recorrió la parte de muelle que ocupaba el barco como una docena de veces, y después de haber visto tanta gente y oído tanto grito, no se le quedó la imagen de una sola cara ni el acento de una sola voz. Era como en un juego de rompecabezas, en que uno va a buscar una sola pieza, sin fijarse en ninguna más, y sigue sin conseguirla.

Y por tanto era el "Marqués de Comillas"; lo podía leer en letras tan grandes como cabezas, y todo el mundo hablaba del barco.

Entonces intentó subir por aquel camino de tablas para preguntar por su mujer; pero no dejaban acercarse a nadie que no tuviese uniforme o mostrase un papel. Juan,

con esa su cara de pan redondo sus ojos mansos de buey, veía desde el tinglado de madera como algunos abrazaban a su gente allá arriba.

A Juan le venía y le iba una cosa que le ponía a veces el estómago en la misma boca. El, que siempre era tan sosegado, estaba ya con ganas de abrirse paso a manotazos, pero lo retuvo su buen natural de siempre.

A las tres o cuatro horas, que Juan no sabe ni como terminaron de irse, porque parecía que todo se quedaba quieto y se fundía en aquel calor pesado y húmedo que envolvía el muelle, es cuando montaron una mesita al final de aquel pasillo de madera arrimado al barco, y comenzó a bajar gente.

Primero salió una señora cargada de bolsas y paquetes; después otra señora con un muchachito; luego un hombre mayor, ayudado por alguien que sería su hijo. Así fueron bajando, uno a uno, con nudos de una cuerda que Juan quería ver pasar rápidamente hasta el cabo, a ver si al menos con el remate asomaba su mujer. Y mientras desfilaba despaciosamente tanto bulto extraño a su inquietud se le iban reventando en su sesera unas como burbujas de aire. Tenía a ratos la sensación de estar soñando, o de que todo en su derredor estaba endemoniado o que el café tinto que le dió el chino esta mañana le había sacado de sus cabales.

¿Y si a última hora le hubiesen cancelado a Engracia el pasaje, o alguien de su casa estuviese enfermo, o ella misma se hubiese sentido mal repentinamente antes de embarcar o se hubiese enfermado en el barco y la tuviesen acostada?...

¡Sí que estaba todo endemoniado, porque su mujer estaba allá, en el barco; la acababa de ver; no cerca del puente, sino detrás, hacia popa, mirando al muelle!

– ¡Engracia! –gritó Juan con una voz que le salió bien rara, por cierto.

Y ella, ¡sería infeliz!, dale con su pequeño movimiento de la mano, y lloriqueando.

Por un momento, Juan tuvo la impresión de que Engracia estaba mirando para otra parte, y gritó de nuevo para sacar su cabeza de voz por sobre aquel mundo de acentos que nació sobre el muelle con la llegada del barco, y se acercó braceando entre la gente; hasta que consiguió que ella reparase en él. Entonces Engracia ¡comenzó a llorar del todo, y Juan a hablarle desde el muelle sin apenas aire en los pulmones, preguntándole a voces que dónde había estado, que no la había visto.

Ella, con un vestido rojo y blanco con el pelo negrísimo cogido atrás en una sola trenza, luciendo más bonita que nunca, pronunció a trompicones dos o tres palabras, y después dijo al joven que estaba en el muelle, que no se fuese, que irían juntos.

Entonces Juan saludó cortésmente al hombre que estaba a su lado.

– Está emocionada, ¿sabe? –le dijo después por añadir algo.

– Claro –le contestó el joven de las maletas de cuero–, después de tanto tiempo...

Entonces Juan, con su emoción y todo, y mientras observaba a hurtadillas como avanzaba su mujer por la cubierta del barco hacia la salida, se ocupó de ser cortés, y con la voz delgada que le salió le preguntó la tontería de si también él había venido en el barco.

– Sí. Como no lo veíamos a usted, pensaba ayudarla.

Juan dió las gracias al joven, que vestía un traje nuevo muy elegante, y quedaron en que podían subir juntos.

Y efectivamente, a la una y cuatro minutos en el reloj de la Aduana salieron con los baúles de cuero del joven que dijo llamarse Pedro, a buscar un carro por puestos.

Juan no tenía ojos más que para su mujer. Engracia estaba un poco más delgada, más elegante; con los ojos un poco tristes, pero dulces, y a la vez así como maliciosos, con los labios pintados y con unos zapatos de tacón que le daban cierto aire como de artista de cine.

Juan se sintió un poco incómodo en mangas de camisa, sudando como un cargador de muelle. Le parecía todavía mentira que tuviese ya a Engracia con él. ¡Tantas emociones en aquel día endiablado! El aguantaba ciento cincuenta kilos sobre los hombros; pero con otro susto como aquél, le daba algo. Sólo tenía un reproche que hacer a Engracia cuando llegasen a casa. Era verdad que había mucha gente en el muelle, y tampoco se puede poner uno a dar besos en plena calle, pero podía haberse dejado abrazar cuando él trató de hacerlo, puesto que eran marido y mujer.

Cuando Juan corrió a la línea de carros, consiguió el automóvil de turno aún vacío. Entró él primero, junto al chofer, tratando de que su mujer se le acomodase al lado, en la ventana. Pero un gordito se le fue detrás y trancó la puerta con una autoridad que no le dejó tiempo ni ánimo para hablar.

Si Engracia se hubiese apurado un poco, estaría ahora a su lado.

Ella se fue detrás sin un gesto de contrariedad, y se quedó mirando por la ventana.

Juan comprendió que su mujer debía sentir curiosidad por conocer el nuevo país y le fue señalando algunos puntos del recorrido, mientras los demás pasajeros escuchaban en silencio.

Ya en la autopista, el chofer picado de viruela prendió la radio. Como el volumen del aparato era de los carritos por puestos, pues no hubo oportunidad de que se oyese más voz que la del locutor, y unos trompetazos como para volver loco a un dueño de alta fidelidad.

Juan volteaba de vez en cuando para sonreír con toda su boca, y ella eso sí, le sonreía también, pero a pedacitos, como con pena. Juan sudando entre el chofer picado de viruela y el gordito del bigote mosca pensaba en lo infeliz que era su mujer y en lo dulce que sería estar junto a ella.

Cuando llegaron a la placita de Catia, se bajó el gordo del bigotito a lo Joe Louis.

Entonces Juan casi gritó:

– ¡Engracia!

Todo el mundo en el carro la miró. El joven que vino en el barco con ella, el señor del sombrero que venía en el medio y el chofer. Este bajó el volumen de la radio y cambió a otra música que decía: "¡Tírame esa papa, Leonor!"... Engracia, en el rincón, se sonrojó toda, y al fin dijo:

– ¿Qué quieres?

Y él bajando la voz, los ojos ansiosos, dijo con un gesto espectacular:

– ¡Que te vengas, mujer, que tienes un lugar aquí!

Ella trató de abrir la puerta. Le ayudó el señor que estaba entre ella y el joven del barco, y Engracia se vino cerca de su esposo.

Juan dió las gracias ostentosamente, volteándose casi de cuerpo entero, y después le hizo más sitio a su mujer, que ya de por sí se había quedado más cerca de la puerta que de su marido.

El carro estaba llegando a El Silencio, y todavía Juan no había conseguido dar con la mano de Engracia.

En El Silencio se apeó el señor del sombrero.

El joven del barco preguntó que dónde estaban. Cuando le dijeron que aquello era el centro de la ciudad, pidió también que le bajasen las maletas, y se apeó del carro.

– ¿Dónde piensas irte, Pedro? –dijo Engracia mirando por la ventana.

– ¿Ustedes siguen adelante? –contestó el joven con una pregunta general, mirando más hacia Juan que hacia su mujer.

– Sí, vamos hasta casa en carro, porque llevamos los baúles –dijo Juan.

Y añadió:

– ¿Tiene alguien conocido en Caracas?

– No, no tengo a nadie... Pero buscaré una pensión. ¿Puede decirme de alguna por aquí cerca que no sea muy cara?

– Usted no es gallego, ¿verdad? –preguntó intempestivamente Juan.

– ¡No, hombre, no! –se apresuró Engracia sin mirar a su marido.

– Soy madrileño –dijo el joven.

– No –se apuró Juan a aclarar–, es que si no, podía haber ido a la pensión donde estuve yo; mi cama estará aún libre; entre la misma gente de uno siempre es más fácil al principio, y allá es barato...

– ¡Si él es oficinista! –le interrumpió con aire de reproche su mujer.

Juan convino con el gesto que efectivamente, su mujer tenía razón, que la pensión no daba para tanto.

El joven no mostró mucho interés por la pensión. Pero tampoco parecía decidido a irse. Ya el chofer picado de viruela rezongó algo y prendió el carro.

– Un momento –dijo Juan, y puso su boca en la oreja de su mujer y le echo un chorrillo de palabras al oído.

– ¡No, no, a casa no!...

La voz de Engracia llegó al joven distintamente, y así las cosas, hubo un pequeño embarazo en la despedida. Pero Juan insistió en ofrecerse en su casa para lo que podían servirle.

– Pobrecito –dijo a su mujer cuando arrancó el carro, pensando en sus comienzos de hace tres años.

Engracia no contestó.

Cuando entraron en la conserjería, que era una planta baja, Juan vigilaba el menor gesto de su mujer. A Engracia le gustó la casa, pero no fue ningún escándalo de alegría, como se imaginó Juan.

Después, aquella primera noche no fue tampoco como pensó Juan que sería. Pero él había oído de muchas lunas de miel que comienzan así, con remilgos y angustias, y como Engracia, a pesar de lo de Vigo, era tan infeliz, pues le pareció natural que esta primera noche quedase cada uno en una esquina de la cama.

A la mañana siguiente, para cuando Juan se despertó (y tenía el propósito de levantarse él primero para llevar a su mujer el desayuno a la cama, delicadezas de recién casado) Engracia se había vestido y estaba tiesamente sentada en el borde de la cama.

Juan se asustó por algo que no acertó a comprender muy bien. Entonces, muy fuera de su manera llana y brusca de ser, fue delicado con ella, la hizo acostarse, vestida y todo, se fue a la cocina y le llevó un vaso de café con leche, colocado finamente en un plato con flores rosas que había comprado él mismo.

Como tenía que irse a trabajar, pues no alcanzo entonces a hacer nada más; pero Juan se fue al trabajo con un dolor raro dentro del pecho.

Y con el calvario de las bromas de sus compañeros, maliciando los incidentes de la primera noche con su mujer, a Juan se le alargó este lunes como nunca se imaginó que podría estirarse un día.

Cuando regresó a su casa eran las cinco y media. Lo vio en un reloj de anuncio, frente al edificio. No hubiera podido ser en autobús, tan temprano. Había cogido un carro de alquiler, a ver si le robaba unos minutos a la espera.

Primero tocó un timbrazo corto, y esperó. Después dos cortos más, y al rato otros dos más largos.

Como no atendía nadie, tuvo que abrir la puerta él mismo, con su llave.

Y llamó, buscándola por toda la casa, que no era muy grande.

Podía estar Engracia en algún abastos cerca, comprando... quién sabe qué.

Era una posibilidad.

Pero a la inquietud de Juan le nacieron, en el corto instante de tomarse un vaso de agua, unos hilos largos que se enredaron en su cabeza.

Entonces buscó en el escaparate. Los vestidos de su mujer y los cajones de madera se habían ido.

Su mujer no los necesitaba para ir de compras, desde luego.

A Juan le amaneció su día oscuro en la cocina a través de un ventanuco que daba al patio, como dan casi todas las conserjerías.

Fue el primer día en tres años que Juan no tuvo fuerzas para ir a trabajar.